



LA GLORIA DE NO IR AL MUNDIAL

Gracias a no habernos comido una rosca en las fases previas, los españoles vamos a tener un verano de absoluto descanso. Naturalmente que me estoy refiriendo al Mundial de Fútbol, y no al espíritu del 7 de Julio, que alguien se inventará de aquí a nada para que los comentaristas políticos tengan con qué alimentar a su prole en los difíciles meses del estío.

Ahora, con Unamuno, podemos decir: «¡Qué jueguen ellos!». Y nosotros, quedarnos no a bailar con la más fea, sino a criticar todo, a seguir los pasos de don Julio Palacios poniéndole las peras al cuarto a Albert Einstein mientras hacía cola en la oficina de cartillas de racionamiento. Porque estando ausentes del Mundial podemos ahora alegrarnos del ridículo que, por ejemplo, hubiéramos hecho en la ceremonia de apertura. Si hubiéramos mandado a Manolo Escobar y a Rosa Morena para que, como en una película wagneriana de la Ufa, saliesen del balón-tarta inaugural dando zapatazos y jipíos y muslazos y caderazos, el país se habría levantado indignado, en un nuevo 2 de mayo. ¡Dónde vamos a llegar! Pero resulta que otros países mandan a Frankfurt a sus tópicos nacionales y no pasa nada, que si los gaiteros escoceses de las etiquetas de whisky, que si las mulatas lindas y sabrosas de Haití, que si las negras merecumbés de las escuelas de samba do Brasil...

Todas estas discusiones nacionales nos hemos ahorrado. Y si yo me meto ahora en ellas, es porque la vida está muy achuchá y con algo hay que ganarse el dinero para el kinder de nuestros hijos. Pero, por lo demás, el Mundial será para España un espectáculo. Que Jairzinho marque los goles, que se lesione Muller. Total, nosotros tenemos ya a la vuelta de la esquina el Carranza y el Costa del Sol y no es para exponerse a hacer una calle Fuencarral de la robusta y sólida economía de nuestro fútbol de clubs. Si Cruyff vuelve de Alemania triunfante y feliz, anuncio de su sombra, fresco y recién importado de la República Federal, nos habremos dado con un canto en los dientes.

Mientras, Kubala estará pasando sus vacaciones muy ricamente, y los redactores de «Marca», «As», «Dicen» y «Mundo Deportivo» habrán tenido bellas oportunidades de traerles a sus señoras esposas lindos regalos de allá y de ver cochinas escenas en el Cabaret Europa de la Mossel Strasse.

Porque yo digo lo que el grueso de mis paisanos. Eso del Mundial de Fútbol no debe ser una cosa verdaderamente importante cuando, por no tener, ni siquiera tiene presencia española. Ni quinielas.

BURGOS



EL ROTO



HERMANO CONFUSO

Este hermano me dijo «Estoy confuso»: es un hombre de talento. Tiene el talento de comprender que no comprende. Es una época en la que la inteligencia se refugia en la confusión. La vida nacional se ha llenado desde hace unos meses de iluminados y esclarecedores que han logrado apagarlo, oscurecerlo todo. Su capacidad para enmarañar es admirable. Enredan el hilo único de la vida mientras proclaman que desde ahora, todo va a estar claro.

El Hermano Confuso me dijo: «Desde que todo está claro, no se entiende nada. Yo era antes un hombre feliz. Sabía perfectamente lo que no me gustaba. No tenía el problema de que me gustase algo, porque ese algo no existía. La felicidad consiste en saber a qué atenerse, aunque sea una desgracia. Ahora han empezado a brotar cosas que podrían gustarme, pero que son evanescentes, delicuescentes». «Si te gusta lo delicuescente, irás a manos de la justicia». «No: eso es lo delincuente. Delicuescente es aquello que tiene la propiedad de absorber la humedad del aire y disolverse en ella». «A veces, es lo mismo». «Vas acertando. Esta es la cuestión: se esta perdiendo la noción de lo que se puede y no se puede, de lo que uno puede aceptar y de lo que no puede aceptar. Me refiero a la conciencia». «Es que eres muy viejo. La conciencia es algo en desuso. Un arcaísmo». «No seas vulgar. El cinismo ya no se lleva». «¿Qué se lleva, entonces?». «Todo y nada. Es como en las modas de las mujeres. Igual da pantalón que falda; igual faldas amplias y largas que pantalones ceñidos, con todas las hendiduras y todos los abultamientos propios de ese extraño ser que es la mujer». «Pero, debajo, siempre hay una mujer. ¿No pasará lo mismo con lo otro? ¿No será siempre el mismo ciudadano, el mismo homo politicus el que te habla, pero bajo diversas formas alotrópicas?». «Sí, eso está claro». «Entonces, hay algo claro».

«No», insistió el Hermano Confuso. «No entiendo para qué lo hace. Antes, estos seres unívocos eran felices aparentando que eran uno solo, ahora son un solo ser y aparentan que son muchos. Y yo era feliz desentendiéndome, o simplemente negando. Y no entiendo por qué todo ha cambiado». «Todo cambia para que todo pueda ser igual». «Pero yo no entiendo por qué». «Ni yo entiendo una sola palabra de todo lo que estás diciendo». «Entonces, vamos los dos por buen camino. Si no se me entiende, voy ya camino del poder; si tú no entiendes, vas por el del talento». Y así el Hermano Confuso y yo llegamos a la conclusión de que los dos podíamos ser felices.

HERMANO FRANCISCO

